

Pasión por la Historia Antigua. De Gibbon a nuestros días, ed. de A. Duplá, Ch. Núñez y G. Reimond, Urgoiti Editores, Colección Monografías, Pamplona, 2021, 415 pp. ISBN: 9788412103663.

Para presentar la traducción española de la *Historia de Grecia* de Hermann Bengtson, el profesor Carlos Schrader, recientemente desaparecido, preparó una sección sobre “La historia de Grecia y sus estudiosos”.¹ En ese texto preliminar de 3 páginas, Schrader proponía una síntesis de la historiografía sobre la Antigüedad y sobre la de la antigua Grecia repleta de párrafos rotundos:

Son, pues, tres los grandes periodos que en el interés y estudio sobre el mundo griego hemos considerado: la ilustración y el neohumanismo del siglo XVIII, el romanticismo de comienzos del XIX y el positivismo, fundamentalmente alemán, desde 1870 hasta la Gran Guerra. *Lo demás, como se ha señalado atinadamente, es pura y simple bibliografía [...]*. (vi, el subrayado de la segunda frase es nuestro).²

Yo leí este texto mientras preparaba una tesis doctoral que pretendía ser sobre historiografía de la Historia de Roma. Para mi consternación, en ella estudiaba un autor, una obra y una época que, según la propuesta de Schrader, había que situar en “lo demás”. Suelo zozobrar con cierta facilidad y debo confesar que por causa de aquella relectura de la *Historia de Grecia* de Bengtson prologada por Carlos Schrader sufrí la primera de una serie de saludables crisis identitarias sobre mi trabajo de doctorado.³ Que una voz tan autorizada como la de Schrader exhibiera certezas tan definitivas sobre el significado de lo que yo me proponía hacer me generó algunas dudas, dudas que – seguiré siendo sincero – no creo haber resuelto completamente todavía. Todas esas dudas se pueden resumir del siguiente modo: ¿qué utilidad tiene para un historiador de la Antigüedad la investigación de los precedentes del propio estudio de la Antigüedad?, ¿qué límites cronológicos tiene la historiografía *útil* sobre los estudios clásicos?, ¿estudiar la relación que autores previos a la Ilustración –digamos Lupo de Ferrières, Alfonso X o Erasmo– tuvieron

¹ He realizado este trabajo en el marco de un proyecto de investigación dirigido por los profesores Fernando Lozano Gómez y Juan Manuel Cortés Copete “Discursos del Imperio Romano II: Celebraciones del Imperio desde las provincias (PID2021-125226NB-C21)” del Ministerio de Ciencia e Innovación.

² H. BENGTON, *Historia de Grecia* (Madrid 2005). El ejemplar que manejo es de una edición de RBA (Grandes Obras de la Cultura) con introducción de Carlos Schrader y traducción de Julio Calonge a partir de la 5ª edición alemana de 1978 (la original es de 1950).

³ Para no dejar incierto al lector de estas páginas, debo adelantarle que en el año 2008 defendí en Huelva mi tesis “Historia romana para tiempos modernos: Los *Admiranda* (1598) de Justo Lipsio”, que mereció la calificación de sobresaliente cum laude por parte de un tribunal compuesto por cinco miembros y que, incluso, he llegado a publicar en una colección especializada el primero de los dos volúmenes que la componían. El segundo sigue disponible para cualquier editor interesado...

con el mundo antiguo enriquece nuestro conocimiento del propio mundo antiguo o es una forma, más o menos encubierta, de intrusismo laboral por medio de la cual los historiadores de la Antigüedad fingimos ser medievalistas o modernistas?

Para resolver semejantes dudas –como podrá deducir el lector, el proceso es vital para dar legitimidad a mi trabajo como historiador de la Antigüedad– acudo, de modo recurrente, a la bibliografía que se publica sobre asuntos propiamente metahistóricos, algo que de modo habitual los especialistas calificamos como historiografía. Recientemente, la profesora Cristina Rosillo, compañera del Área de Historia Antigua de la Universidad Pablo de Olavide, me comunicó la aparición de un libro de esa naturaleza: *Pasión por la Historia Antigua. De Gibbon a nuestros días*, un trabajo colectivo dirigido Antonio Duplá, Christian Núñez y Grégory Reimond. Compré *Pasión por la Historia Antigua* en una librería de Sevilla por medio de sus servicios on line. Leí el libro lápiz en mano. Inmediatamente tuve la necesidad de escribir esta reseña. El libro, con sus muchos méritos y con ciertas debilidades, responde en parte a las dudas que he expresado más arriba, dudas que quizá no sean solo mías. Esta reseña nace, pues, única y exclusivamente, de la lectura que he realizado de las 415 páginas del volumen (incluidos bibliografías, lista de autores e índices diversos) con la intención de comentar de modo somero cada uno de sus 18 capítulos y proponer al lector una valoración de conjunto del proyecto.

Después de una breve introducción de los editores, el primer capítulo está dedicado a Gibbon y a su memorable *Decline and Fall of the Roman Empire* (15-30). El texto de Eleonora Dell’Elicine es correcto y permite comprender la obra gibboniana como lo que fue: la gran macronarrativa ilustrada sobre la historia de Roma, reflejo “de la cultura europea del setecientos”. A mi juicio únicamente es posible reprocharle a su autora no haber realizado un uso directo de algunos textos fundamentales sobre el autor. Entre ellos, debo mencionar una referencia bibliográfica ineludible para entender el universo historiográfico e intelectual en el que se formó y trabajó Gibbon: los fantásticos, y en ocasiones desbordantes, 6 volúmenes del *Barbarism and Religion* de J. G. A. Pocock (Cambridge 1999-2015).⁴ Por lo demás el capítulo describe satisfactoriamente las principales características de la obra y las cuestiones biográficas más relevantes de quien para muchos –y para la contraportada de este mismo volumen– constituye el punto de partida del estudio moderno y “científico” sobre el Imperio romano.

El capítulo sobre Georges Grote (31-50) es, en opinión de este revisor, uno de los mejores de toda la obra, y lo es por varias razones. Sin renunciar a la vocación sintética presente en el resto de capítulos, el dedicado a Grote, escrito por Laura Sancho Rocher, ha sido capaz de analizar con profundidad envidiable el contexto político e intelectual británico en el seno del cual surgió la *History of Greece* de Grote. La autora ha sabido desarrollar el doble discurso que es el propio de la buena historiografía al presentar a la vez contexto y texto. El utilitarismo benthamista y las posturas políticas de los radicales británicos fueron el caldo de cultivo que determinó la aproximación de Grote a la historia de la antigua Grecia. En Grote la historia de Grecia se situó en la genealogía de una determinada forma del liberalismo británico y el texto de Sancho Rocher es una demostración excelente de cómo hay que explicar las relaciones mutuas que existieron entre ambos discursos sin caer en anacronismos ni simplificaciones.

⁴ Como sí se usa en la magnífica “Introducción” de Antonio Lastra al recentísimo E. GIBBON, *Memorias de mi vida* (Madrid, 2022), 7-40. Dell’Elicine únicamente accede a las ideas de Pocock a través de una referencia indirecta como es el *Companion to E. Gibbon* de O’BRIEN Y YOUNG (Cambridge 2018), cf. 20. Tomo la cita en el texto de un título clásico sobre Gibbon y el s. XVIII: GIUSEPPE GIARRIZZO, *Edward Gibbon e la cultura europea del settecento*, Nápoles 1954.

Gloria Mora se ha encargado del capítulo dedicado a Droysen, el autor de otro monumento de nuestra disciplina: la *Geschichte des Hellenismus* (51-71). El texto de Mora nos ofrece un tratamiento profundo de un autor enormemente original tanto por su obra histórica como por sus reflexiones teóricas, así como del contexto histórico, político e intelectual que le llevó a erigir uno de los pilares del historicismo alemán. Por lo demás el capítulo nos permite comprender la distancia que separó en el s. XIX la historiografía y el liberalismo británico descrito por Sancho Rocher, de la historiografía y el liberalismo alemán en el que se fraguó la *Altertumswissenschaft*. Más allá de los métodos científicos acuñados en instituciones científicas prusianas, diferentes modelos políticos e ideológicos produjeron formas diferentes de explicar y aplicar el pasado antiguo a los problemas del presente. Otro de los méritos del capítulo de Mora se encuentra en la excelente selección bibliográfica que cierra su contribución.

Antonio Duplá presenta en su capítulo la vida y la obra de Theodor Mommsen (73-93). Empresa temible ... tanto como el retrato del mismo Mommsen que se reproduce en la página 73. Mommsen no fue únicamente el autor de la *Römische Geschichte* –obra monumental cuya lectura jurídico-institucional de la historia de Roma sigue exigiendo tomas de posición a generaciones de historiadores de Roma muy posteriores a la del adusto Herr Mommsen–, sino un influyente político durante el proceso de unificación de Alemania y el muñidor de proyectos científicos basales para nuestra disciplina. En definitiva, Mommsen encarna el prototipo del “sabio alemán” reverenciado por toda la Europa clasicizante y simboliza todas las caras de la Alemania decimonónica. El capítulo de Duplá resuelve con creces este laberinto y nos proporciona un apéndice bibliográfico en el que se reseña la obra mommseniana junto a sus traducciones al castellano –pudiera añadirse el *Abriss des römischen Staatsrechts* traducido al castellano como *Compendio del derecho público romano* y utilizado en las Facultades de Derecho durante años– y algunos títulos secundarios recomendados.

A Fustel de Coulanges, contemporáneo de Mommsen y propietario de un aspecto no menos severo que el de su colega alemán, dedica uno de los editores, Grégory Reimond, el capítulo siguiente (95-114). Para los historiadores de la Antigüedad, Fustel de Coulanges es el autor *La cité antique*, una obra fascinante sobre el nacimiento del vínculo social y religioso en la civilización mediterránea, sin duda un momento decisivo en el desarrollo de la escuela sociológica francesa. Hubiera sido interesante relacionar la iniciativa de Fustel de Coulanges con precedentes metodológicos como los de Montesquieu o Tocqueville y rastrear los efectos de su obra en Durkheim, Dumézil o Gernet. En lugar de ese estudio específico sobre *La cité antique*, Reimond describe los métodos de Fustel de Coulanges: su preferencia por entablar una relación directa con las fuentes, las fórmulas comparativas que empleó en su investigación, su propuesta de análisis de *longue durée*. El de Reimond es un trabajo interesante en el que descubrimos a un Fustel de Coulanges dedicado a formar desde la ENS a la élite republicana y, con ella, a muchos de los historiadores de la Antigüedad franceses de la generación que abrió el s. XX.

El estudio que Rosa M^a Cid dedica a Jane Ellen Harrison, “intelectual, historiadora y feminista”, es uno de los más originales del libro (115-136). Harrison, a pesar de méritos innegables y de una tenacidad digna de mejor éxito –estuvo 8 años seguidos tratando de acceder a una cátedra en el University College de Londres–, fue excluida en su tiempo de las grandes instituciones académicas británicas. Como corolario de semejante exclusión, Harrison no suele aparecer en el canon historiográfico sobre la Antigüedad. La inclusión de Harrison en el catálogo de

Pasión por la Historia Antigua viene a paliar, por lo tanto, demasiadas exclusiones previas. El texto de Cid, no obstante, no es recomendable únicamente por esta razón. Además de describir los comportamientos de la élite victoriana y el desarrollo de las primeras actitudes feministas en su seno, este capítulo nos permite situar las investigaciones de Harrison sobre la iconografía de los vasos griegos y su interés por la religión griega preclásica en contextos científicos más amplios. La obra de Harrison dialoga con trabajos contemporáneos como los de Bachofen, Frazer, Freud o Jung, resulta imprescindible para comprender el surgimiento del círculo de los ritualistas de Cambridge y supone un precedente metodológico de la interdisciplinariedad –lingüística, antropología, sociología, psicoanálisis se mezclaron en su coctel metodológico– que emplearon autores posteriores.

Mijail Rostovtzeff fue, sin duda, uno de los historiadores de la Antigüedad más influyentes del s. XX y, a juicio de quien esto escribe, el autor de las dos macronarrativas más importantes sobre el mundo antiguo que ha producido la época contemporánea. El capítulo que le dedica Antonio Aguilera (137-159) recorre con solvencia y equilibrio las dos grandes etapas de su vida y de su obra. Ambas etapas fueron definidas por una cesura decisiva en la historia de Europa: la Revolución rusa. 1917, en efecto, tuvo una consecuencia definitiva en la biografía del matrimonio Rostovtzeff: el exilio, primero europeo y más tarde americano. El trabajo de Aguilera presenta las propuestas de Rostovtzeff como historiador de la sociedad y la economía de la Roma republicana e imperial y del mundo helenístico. La sección está aderezada también con la descripción de sabrosas circunstancias biográficas de los Rostovtzeff. Algunas anécdotas son bien conocidas como las reacciones iracundas de Rostovtzeff a propósito del empleo del calendario gregoriano, otras lo son menos. Es el caso de las informaciones proporcionadas por el testimonio de Kuprina-Iordanskaya (“era un erudito aburrido y pomposo que no hacía más que enfatizar la importancia de su profesión”, 145). Estudiar a Rostovtzeff es siempre una empresa compleja. Entre otras circunstancias, lo es por someter al historiador decidido a hacerlo al reto siempre desafiante de acceder a los textos rostovtzeffianos en las lenguas en que fueron publicados.⁵ En este sentido, el texto de Aguilera presenta el mérito nada desdeñable de incorporar informaciones procedentes de varias referencias bibliográficas recientes en ruso. El retrato resultante de Rostovtzeff es excelente.

Eric Dodds fue el estudioso de los elementos irracionales de la civilización griega. Su influencia en la historiografía posterior sobre la religiosidad griega ha sido enorme. Ricardo del Molino presenta en su capítulo (161-178) la carrera académica de Dodds –culminada con el nombramiento de *Regius Professor* del Christ Church College de Oxford en 1936–, sus orientaciones políticas –irlandés socialista, supo acomodarse al *british stablishment* de la academia– y los rasgos fundamentales de sus grandes trabajos históricos. Ya desde sus estudios iniciales sobre neoplatonismo, Dodds se propuso acometer investigaciones sobre temas heterodoxos y definir de este modo la psicología social de los antiguos griegos. Lo sobrenatural, la magia, el sueño, la telepatía, el espiritismo, la adivinación y los fenómenos paranormales en general son los asuntos que interesaron a Dodds. Uno de los méritos del capítulo elaborado por del Molino es la definición de los precedentes del trabajo de Dodds en autores tan dispares como F. Nietzsche y R. Benedict.

⁵ Lo digo con cierto conocimiento de causa. Recientemente he entregado a un editor argentino un texto sobre Rostovtzeff (“Desde la Europa diversa: Imperios, naciones y democracia entre Rostovtzeff y Presedo”) en el que he tenido que manejar textos de Rostovtzeff en inglés, francés, alemán e italiano (además de algunas traducciones al castellano). Para leer textos originalmente escritos en ruso me conformé con traducciones...

Christian Núñez-López, uno de los editores del volumen, ha escrito el capítulo dedicado a Joseph Vogt (179-199). La intención primordial de Núñez es presentar las relaciones de Vogt con el régimen y la ideología nazis. Tal y como la presenta Núñez, la influencia de las “doctrinas raciales” en las investigaciones de Vogt sobre demografía romana o sobre la romanización del Norte de África resulta evidente y, en realidad, poco sorprendente. Quizá el trabajo podría haber explorado de qué modo la fase nacionalsocialista de la obra de Vogt y sus argumentos raciales sobrevivieron o fueron matizados por el propio Vogt en su trabajo posterior a la II Guerra Mundial. En el momento en que la sociedad alemana se desnazificaba, Vogt impulsó grandes proyectos como el estudio de la esclavitud antigua desarrollado desde la escuela de Maguncia o la edición del aún imponente *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*. El trabajo de Núñez deja, pues, sin resolver la incógnita de saber si paradigmas acuñados en época nazi siguen vigentes en la escuela de Vogt.

Hay dos historiadores en la figura de Ronald Syme. No siempre aparecen claramente delimitadas estas dos identidades historiográficas en el capítulo que ha preparado Mikel Gago sobre él (201-221). Syme fue el historiador de las élites romanas tardorrepúblicas y altoimperiales, el prosopógrafo de la ley que lleva su nombre, el autor, en definitiva, de *The Roman Revolution*, un libro determinante para la historia romana en el s. XX que apareció de modo fulgurante en el panorama historiográfico de los años treinta. Más tarde, en la segunda parte de su carrera como historiador, Syme devino en un elegante estilista gibboniano –que hizo suya la divisa *style abides*–, se convirtió en intérprete de grandes narrativas históricas latinas –Tácito, Salustio, la *Historia Augusta*– y quiso guardar una fina equidistancia entre hechos históricos y formas literarias propias y ajenas. Explicar esta evolución es una tarea que no se acomete en el texto de Gago. El capítulo, en cambio, tiene el mérito de presentar de modo claro los contextos históricos en los que vivió el primer Syme – el ascenso de los fascismos y el declive del Imperio británico– y cómo ambos se interrelacionaron en el Syme de *La revolución romana*.

Si hay un autor que debe aparecer en un libro de historiografía de los estudios clásicos, ese es Arnaldo Momigliano. César Sierra ha escrito una sección sencilla – junto al dedicado a Gibbon, el suyo es el capítulo más breve de todo el libro– para un autor que por muchas razones invita a ser expansivo (223-237). El trabajo de Sierra estudia el entorno familiar de Momigliano –que, desde ciertos puntos de vista, podría calificarse como protofascista–, describe el panorama universitario de la Italia mussoliana en el que él se formó y que excluyó a su maestro De Sanctis de la docencia,⁶ y aborda las vicisitudes biográficas del autor y su particular talante – Arnaldo Momigliano toleraba escasamente las críticas que se vertían contra él, pero ejercía él mismo una severa censura de las obras ajena⁷. Efectivamente, Momigliano rompió con su obra “la barrera entre mundo antiguo y moderno” (235) y, lo que es más importante, demostró con sus pioneros estudios historiográficos que esa barrera jamás existió.⁸

⁶ Me permito aquí sugerir una estupenda lectura sobre ese mundo: G. BOATTI, *Preferirei di no. Le storie di dodici professori che si opposero a Mussolini* (Turín 2001)

⁷ En una reciente biografía de VIDAL-NAQUET –F. Dosse, *Pierre Vidal-Naquet. Une vie* (París 2020), 170-174– he encontrado descripciones sumamente reveladoras de algunas reacciones de Momigliano ante lo que él consideraba desviaciones intolerables y faltas de respeto académico. Por utilizar una expresión empleada en *Pasión por la Historia Antigua* por Ana Iriarte, precisamente a propósito del entorno del propio Vidal-Naquet, “está comprobado que el estudio de los clásicos, por sí solo, no labra mejores personas” (353).

⁸ En ese sentido y por su capacidad para rehabilitar la historiografía preilustrada frente a posturas, digamos, “schraederianas” considero fundamentales las contribuciones de una referencia bibliográfica sobre Momigliano no utilizada por Sierra que, no obstante, sí aparece en la sección “Bibliografía

El capítulo que Ricardo Martínez Lacy le dedica a Moses Finley cuenta con la ventaja del conocimiento íntimo que el autor, gran especialista en la historiografía sobre la Antigüedad, tiene sobre el historiador que estudia (241-261). Finley fue el gran especialista de la economía antigua en el s. XX. En el marco de una intensa biografía, fue capaz de construir modelos teóricos e interpretativos propios para entender la economía y la sociedad del mundo antiguo frente a otros procedentes de diferentes corrientes de pensamiento –como Marx o Wittfogel–. De este modo produjo un modelo historiográfico original por medio del cual se incluía a la Antigüedad en el debate sobre la naturaleza del capitalismo. Martínez Lacy describe todos los elementos de este proceso, además de las afinidades que Finley tuvo con críticos de la ortodoxia marxista como Weber o Polanyi, y lo hace siempre con la intención de explicar la naturaleza eminentemente histórica de las conclusiones finleyanas.

Tal y como lo describe Jordi Cortadella en su contribución (263-283), Santo Mazzarino fue “un erudito de los de antes” (263). Desde luego, la obra de Mazzarino no se explica sin una erudición abrumadora, pero también es necesario atribuir a Mazzarino la intención de romper moldes historiográficos tradicionales sobre el mundo antiguo. Sus grandes síntesis de historia romana o sobre el discurso historiográfico clásico –textos todos ellos tremendamente originales cuya lectura sigue produciendo conclusiones vigentes– tienen la vocación de explicar la cultura europea y la comunidad histórica que seguía formando Occidente después de las grandes guerras del s. XX desde una civilización clásica en la que Augusto, Constantino y San Ambrosio conviven de modo sintético. Posiblemente, la de Mazzarino sea una de las últimas mentes de la historiografía europea capaz de ofrecer una síntesis nueva sobre la historia clásica. El capítulo de Cortadella tiene todos los elementos para explicárnosla.

En el capítulo dedicado a Elena Staerman por Mariano Requena (285-301) es posible descubrir las posibilidades que el uso inteligente del materialismo histórico tuvo en el s. XX para la renovación de los estudios clásicos. En esta sección también podemos comprender los límites de la teoría marxista, como los de cualquier marco teórico, como método de trabajo histórico cuando este se fosiliza como ortodoxia. Staerman vivió su vocación historiográfica en el contexto del Estado soviético. Requena explica de modo preciso cómo tuvo que convivir con las perspectivas oficiales marxistas-leninistas y con las doctrinas stalinistas, así como la propia evolución del marxismo de Staerman. Desde una comprensión íntima del marxismo, Staerman consiguió tener una voz propia en el debate sobre el modo de producción esclavista y la transición hacia el feudalismo del mundo antiguo.

Los historiadores de la Antigüedad reunidos en *Pasión por la Historia Antigua* no han vivido vidas convencionales. De todas ellas, la biografía de Geoffrey de Ste. Croix es, desde luego, la más singular. Carlos García MacGaw se ha encargado del capítulo que describe la azarosa biografía de de Ste. Croix (303-322): nacido en Macao, su madre profesaba una versión fundamentalista del cristianismo dentro de la que educó a su hijo que, después de romper con ese mundo, ejerció de abogado sin título desde los 15 años hasta que se alistó en 1940 en la Royal Air Force –después de esta introducción biográfica la carrera académica de de Ste. Croix como alumno de A. H. M. Jones puede parecer bastante banal–. El texto de García MacGaw nos ofrece también una introducción muy válida a la obra del que fuera uno de los principales representantes del marxismo historiográfico británico y puede completar obras ya

general” de *Pasión por la Historia Antigua*: P. N. MILLER (ed.), *Momigliano and Antiquarianism. Foundations of the Modern Cultural Sciences* (Toronto-Búfalo-Londres 2007).

clásicas sobre este tema –como la de Harvey J. Kaye, *The British Marxist Historians* (Nueva York 1985) –. Por lo demás hubiera sido interesante investigar hasta qué punto las proposiciones marxistas de de Ste. Croix y su lectura de la idea de la lucha de clases, permiten proporcionar un contexto intelectual para alguna manifestación reciente de literatura historiográfica posmarxista feminista.⁹

Julián Gallego ha escrito un capítulo profundo y bien documentado sobre Jacqueline de Romilly (323-341). Madame de Romilly fue una de las grandes historiadoras del s. XX. Autoridad indiscutible sobre Tucídides y sobre la literatura griega clásica, de Romilly fue además una figura fundamental para comprender el funcionamiento de las instituciones francesas dedicadas a la investigación y a la educación superior –La Sorbona, el *Collège de France*, la *Académie*–. El texto de Gallego describe el elitismo de este universo en el que se produjo la lectura francofrancesa del helenismo clásico. La República que exaltaba la igualdad meritocrática buscó en la Grecia antigua sus precedentes por medio de obras como la de de Romilly. Ella fue responsable de una versión de la civilización griega y del helenismo que, en el contexto del mayo de 1968, puede parecer conservadora. No obstante, es en la Grecia descrita por de Romilly donde hay que buscar los valores de la educación, del diálogo y de la democracia que definen en qué consiste vivir civilizadamente.

Esa versión aristocrática del estudio de los clásicos que se percibe en de Romilly, comparece de nuevo en el capítulo que Ana Iriarte ha dedicado a Nicole Loraux (343-364). El texto de Iriarte ofrece un recorrido general por “las décadas prodigiosas del helenismo parisino”, los ’60, ’70, ’80 y ’90 del siglo pasado, momento en el que la EHESS y la *Nouvelle Histoire* ejercieron el despotismo ilustrado sobre la historiografía continental.¹⁰ En el capítulo aparecen los grandes nombres de la historiografía francesa que, desde nuevas y dinámicas instituciones académicas y por medio de grandes proyectos editoriales, renovaron los estudios clásicos –en algunos manuales esta corriente es conocida como *l'École de Paris d'anthropologie historique*–: Mossé, Vernant, Vidal-Naquet y la propia Loraux. La desaparición prematura de Loraux, explica el texto de Iriarte, no ha impedido que su obra sea fecunda e inspiradora.

Y por último, Peter Brown. En el capítulo que le dedica Clelia Martínez (365-382) se glosan las amplias capacidades desplegadas por el Brown historiador para superar prejuicios historiográficos y generar nuevas perspectivas de investigación a propósito de la Antigüedad tardía. Realmente, Peter Brown no fue el inventor del concepto ni de la época. En el trabajo de Martínez se mencionan algunos precedentes –Pirenne, Marrou, Jones, Mazarino ... quizá podría incorporarse a la lista el nombre de Alois Riegl, arqueólogo e historiador del Arte, que fue quien acuñó el término en 1901–. Lo que sí es cierto es que Brown ha renovado desde sus trabajos sobre el “paisaje religioso” surgido de la crisis del s. III d. C. las perspectivas desde las que estudiar este período liminar. Ciertamente la nueva cronología browniana crea un mundo uniforme en el que las continuidades se imponen y se diluye la idea de decadencia y los traumatismos políticos que dominaron las interpretaciones postgibbonianas sobre el fin del mundo antiguo.

De esta manera concluye un libro de factura excelente, sin apenas erratas. Tan pocas son que, sin riesgo de resultar pedante por ello, pueden resumirse en un par de

⁹ Estoy pensando en la excelente revisión historiográfica de Marx y Foucault desde posturas ecofeministas que realizó Silvia Federici en su justamente célebre *Caliban and the Witch. The Body and Primitive Accumulation* (orig. 2004, con múltiples reed. de su trad. castellana).

¹⁰ Sobre la EHESS recomiendo la biografía de Vidal-Naquet citada en la nota 7, sobre la *Nouvelle Histoire*, la biografía de su padre espiritual, F. DOSSE, *Pierre Nora, homo historicus* (París 2011).

líneas las que yo he encontrado: en la página 42 “Hermes” debe ser “Hermas”, en la 187 “emperador Julián” debe ser “emperador Juliano”, en la 344 “apenas sí llegó a ser consciente” debe ser “apenas si llegó a ser consciente”, en la 374 “está labor” debe ser “esta labor”.

Por todas estas razones, *Pasión por la Historia Antigua* es un libro que merece la pena leer y consultar. En él se han reunido trabajos de 18 autores diferentes. Cada uno de ellos ha realizado un capítulo monográfico original. Aunque los trabajos colectivos suelen ser desiguales, en esta ocasión, las diferencias de estilo y perspectiva, así como las pequeñas variaciones en la estructura de los capítulos no menoscaban un resultado coherente, consecuencia digna de elogio que convierte el libro en un manualito sumamente útil para cualquier lector interesado en una introducción de calidad sobre la historiografía contemporánea acerca de la Antigüedad griega y romana.¹¹ Los editores han tenido el mérito de apostar por un elenco de autores en el que se mezclan especialistas consagrados en alguna de las muchas ramas en que se han diversificado en la actualidad los muy frondosos estudios clásicos, con jóvenes investigadores en fase pre o postdoctoral. Además, junto a historiadores españoles, encontramos entre los autores que han aportado sus textos a *Pasión por la Historia Antigua* a americanos de habla hispana, cosa que convierte el proyecto en un precioso ejercicio de síntesis trasatlántica para el público hispanoparlante.

Naturalmente, el texto podría haber llegado más lejos. En el catálogo de historiadores seleccionados comparecen 8 anglosajones, 3 alemanes, 3 franceses, 2 rusos y 2 italianos. De ellos, la mayor parte son historiadores que trabajaron en el siglo XX (13), uno murió antes de que concluyera el siglo XVIII y 4 representan plenamente la historiografía del siglo XIX. Solo 4 de los autores estudiados son mujeres. En *Pasión por la Historia Antigua* se privilegia y se visibiliza la obra de autores de grandes macronarrativas, fundadores de grandes líneas argumentales. Nada como una lista para crear una genealogía. La que vertebra *Pasión por la Historia Antigua* completa hacia el s. XX la imagen que planteó en su texto de 2005 Carlos Schrader. Desde los momentos fundacionales que allí se definieron – Ilustración y Positivismo– el libro se adentra en las grandes realizaciones de la Historia Antigua del s. XX: el centro de gravedad de *Pasión por la Historia Antigua*. Nada más absurdo que criticar un libro de historia por no ser lo que no es. No puedo, no obstante, resistirme a la tentación de señalar que a partir de los presupuestos iniciales del proyecto hubiera sido posible incluir en la nómina de autores estudiados otros hitos de la disciplina. Si nos ajustamos a la cronología seleccionada en el proyecto (ss. XVIII, XIX y XX) otros nombres merecerían un tratamiento monográfico propio –solo alguno de ellos aparece circunstancialmente en los capítulos del libro–: Winckelmann, Niebuhr, Renan, Seeck, Parry, Jaeger, Robert, Eliade, Hopkins, Vidal-Naquet... autores, a mi juicio, de méritos similares a los seleccionados y, en algún caso, responsables de la renovación metodológica de la disciplina. También algún autor hispanoparlante podría haber servido para reflexionar sobre el desarrollo de los estudios clásicos en los países de habla hispana. Desde Antonio Ranz de Romanillos, diputado en Cádiz y traductor de Plutarco e Isócrates –su traducción de las *Vidas paralelas* sigue aún disponible en las librerías de viejo españolas– hasta los catedráticos que en el siglo XX pusieron en pie los Departamentos de Historia Antigua y Arqueología Clásica en la Universidad

¹¹ La bibliografía general final es excelente para el uso del libro como manual universitario. Un apéndice con textos de los historiadores estudiados ofrecería los recursos didácticos complementarios para un fin que, quizás, no ha formado parte de las intenciones de sus autores.

española, no han de faltar candidatos. Lo mismo ocurre con la historiografía preilustrada. En mi opinión, ha llegado el momento de incorporar a los autores del ciclo humanístico en las genealogías de los estudios clásicos que se fraguan en síntesis como *Pasión por la Historia Antigua*. Maquiavelo, Budé, Arias Montano, Lipsio, Le Nain de Tillemont...o los llamados anticuarios, constituyen un momento decisivo tanto en el establecimiento del canon de fuentes con el que seguimos estudiando el mundo antiguo como en la construcción de argumentos y puntos de vista sobre el pasado antiguo convertido desde entonces en clásico.¹² Conocerlos debe ser útil para desentrañar el origen de muchas de las discusiones que aún mantenemos los historiadores de la Antigüedad o para recordar algunas que hemos olvidado o damos por amortizadas.

El propio plan del proyecto, basado en la sucesión de capítulos monográficos sobre cada historiador estudiado, impone unos límites al resultado. En mi opinión esta estructura dificulta el desarrollo de análisis transversales con los que comparar las tesis de los diferentes autores tratados. La introducción de los editores no lo hace y solo algunos capítulos abordan este saludable ejercicio comparativo. Echo de menos, pues, la posibilidad de descubrir conclusiones sobre el diálogo que todos los historiadores entablan con sus predecesores: Rostovtzeff con Droysen sobre la idea de helenismo, Syme con Mommsen sobre la definición del régimen augusteo, Vogt con Mommsen sobre el *Volkgeist* de los antiguos romanos, Mazarino con Gibbon sobre la crisis bajoimperial, o con Rostovtzeff sobre las relaciones entre campo y ciudad en la Roma antigua, Brown con Dodds o con Mazarino sobre los significados del triunfo del cristianismo...

Incorporar siquiera alguna de estas propuestas habría generado un libro enciclopédico, de lectura quizás imposible. Sirvan estos párrafos de estímulo para que los editores de *Pasión por la Historia Antigua* se lancen a reunir una segunda parte de su libro con nuevos autores y un marco cronológico más ambicioso. Si lo hacen, tienen un lector garantizado.

Juan R. Ballesteros

Universidad Pablo de Olavide (Sevilla)

Área de Historia Antigua

jrbalsan@upo.es

<https://orcid.org/0000-0002-7168-293X>

¹² A los humanistas, el profesor Schrader, inmerecidamente, los calificaba en el texto citado más arriba como “caracterizados por una admiración reverencial hacia la tradición y por un gusto anticuario” (iv). Existen posturas muy críticas con diferentes aspectos del mundo antiguo en las obras de los humanistas. No hay que confundir la erudición del anticuario con el discurso propiamente humanístico.